



*En la Escuela Primaria Urbana
Estatat*

*" Simón Bolívar"
de Morelia, Michoacán.*

*Los alumnos hablan de
alguien que no conocen, de ese
personaje que vive en sus
comentarios y en sus juegos. Le
han dedicado muchas horas a
darle poderes ,
a convertirlo en un ser casi
fantástico, en fín lo han hecho
parte de sus aventuras,
inventadas por ellos .*

Ese comentado personaje es....

*" La Leyenda del Maestro
Huante "*

A MAGDA FONT
CORDALMEND.

PERD
LUNA
82!

Contacto: 443 3 12 30 27 en horario de oficina

web: www.primariasimonbolivar.com.mx

E-mail: dirección@primariasimonbolivar.com.mx

Corría el año de 1930, la ciudad de Morelia era una localidad tranquila; su bello Acueducto con sus 253 arcos la hacía lucir simplemente hermosa. En sus calles empedradas resonaban los chirridos de las llantas metálicas de carretas, cargadas con costales hechos de henequén, llenos de maíz o frijol, que eran jaladas por dos animales de cuernos pronunciados.



Los hombres y mujeres de la época enfundados en sus ropajes de manta, caminaban con gusto y devoción por la calzada de Fray Antonio de San Miguel, Este bello lugar estaba rodeado de enormes y viejos árboles. Venían acompañados con la familia a visitar a la virgen de Guadalupe, a pagar alguna manda o simplemente, a pasar una tarde de domingo en este hermoso rincón de Morelia. Algunos otros, reposaban del camino sentados en esas grandes bancas que, aún se conservan por todo el andador.



En la plaza que lleva el nombre del hijo prodigo de Morelia, Don José María Morelos y Pavón, cerca, se encuentra el santuario de nuestra señora de Guadalupe, mejor conocido por el templo de San Diego, en este terreno se encontraba una explanada con una enorme cruz frente al templo, había también un espacio destinado a la vivienda de las Madres Adoratrices y al fondo, del lado derecho de la iglesia, estaba el cementerio donde depositaban los restos mortales de clérigos y gentes pudientes de la época.



Avanzado el tiempo, esta propiedad se vio dividida por el trazo de las nuevas vialidades por el crecimiento de la ciudad. En la demarcación del Sector Revolución, se trazó la calle circunvalación Norte que marcaba el límite de la ciudad. Al ser fraccionado, lo que tenían destinado como cementerio, fue sustituido por cultivos agrícolas, pequeños sembradíos de hortalizas o simplemente como huertas de plantas frutales, cuya labor estaba a cargo de las Madres Adoratrices.

Se cuenta que, cuando las madres laboraban en este predio escuchaban voces, algunos lamentos y más de alguna religiosa, vio figuras humanas deambular por el lugar, pero como eran muy valientes, solo decían que era el sonido del viento.

En el año de 1940 el Gobierno de Lázaro Cárdenas Del Rio, confisco el terreno, posteriormente lo entrego en posesión al Gobierno del Estado, éste, construyó una pequeña finca, donde brindaba alimento y estancia a niños des válidos, huérfanos y en fin, niños en situación de calle. Esta casa fue creciendo en cantidad de niños y jóvenes por lo que decidieron brindarles educación, pidieron el apoyo a un grupo de personas que solo sabiendo leer y escribir, iniciaran la empresa educativa con aquellos niños sedientos de letras

Los niños vivían y comían en este lugar, parecía un internado sin serlo. De aquellos niños muy pocos quedan, una muerte temprana se los llevó. Nos legaron sus vivencias, pláticas y anécdotas de su vida en ese lugar. Se destaca, que, cuando salían a jugar fut-bol, veían en el campo a niños corriendo con ellos, pateando el balón, pero no tenían rostro; solo eran cuerpos que como sombras solo flotaban. Esto era frecuente, por lo que los niños ya temían correr por aquel campo lleno de miedo.

Por las noches escuchaban que las paredes eran golpeadas por cadenas, se oían gritos y lamentos lastimosos que cada vez eran más fuertes, se cuenta que cuando dormían, aparecían sombras gigantes y cuando llovía se oían sonidos raros por los pasillos. Los niños, al oírlos, corrían despavoridos a cobijarse de pies a cabeza, para no escuchar aquellos lamentos siniestros.

Así aprendieron a vivir, ese era su espacio de convivencia y ni modo, había que aguantar sus miedos y a dormir temprano para no escuchar nada. Por las noches, había un velador de nombre Margarito Tito Borraz Cantú, persona bonachona e ingeniosa, pues solo llegaba a dormir y por hacer esto le pagaban. Una noche lluviosa del mes de junio, cuentan, vio tras las cortinas de aquel salón, una bella dama que le hacía señas y lo invitaba a platicar, Él, sorprendido por esto, no daba crédito a lo que veía, pues en ese lugar no había mujeres e imaginó que mientras dormía se le había pasado al lugar. Con mucho miedo fue a su encuentro pero entre más se aproximaba, ella se alejaba dándole la espalda, por lo que pudo observar que tenía un hermoso pelo largo hasta las rodillas; veía que flotaba al caminar pues no le veía los pies. Pensó, que tal vez, era por su miedo que estaba imaginado cosas; Pero su temor era real pues a su cuerpo estremecía.

En cada paso que daba sudaba de pavor, con voz débil le pregunto ¿Qué quién era? ¿Que cómo había entrado? no hubo respuesta; ella avanzaba cada vez más rápido. En un momento dado Tito la alcanzó, la tomó del brazo y al jalarla del hombro aquella hermosa mujer volteo a verlo.



Para ese momento el ambiente se llenó de un aroma azufroso, él vio aquel rostro antes bello ahora monstruoso, malévolos. Era la cara de un ser descarnado... era el rostro de la maldad. Este parecía ser el de un caballo lanzando fuego por la boca, sus ojos destellaban temor, eran los de un demonio. Tito intento correr más sus pies desfallecieron, de pronto una voz ronca como del más allá, le decía - ¡te voy a llevar!

Tito Borraz, ya no supo que hacer, balbuceo algunas palabras pero su voz ya no fue posible escuchar, solo fueron gemidos, no se sabe si de miedo o de dolor. Tras la impresión de ver aquel ser infernal sufrió un infarto fulminante y falleció, ¡sí!, murió en el interior del salón de costura, que ahora ocupa la Mtra. Miriam Hernández Rodríguez.

Al día siguiente sus restos fueron encontrados por niños que madrugaban a la clase, dieron parte a la autoridad y ésta, realizó las investigaciones respectivas. Dictaminado que la muerte de aquel velador, había sido una caída y sufrido un golpe muy fuerte en la cabeza, el cual causó su deceso. Pero para los que ahí vivían esto no era cierto, pues Tito tenía el rostro descompuesto por el miedo, el cual nunca olvidarían.

Hacia el año 1949 marzo para ser exactos, se colocó la primera piedra de lo que hoy es la Escuela Primaria Urbana Estatal “Simón Bolívar”. Había seis grupos de niños valerosos, por lo que la plantilla de personal se integró por varios docentes, uno para cada grado, además de una Mtra. De corte y confección, un maestro de educación física, uno para la carpintería y un director.

De este personal se mencionan nombres como: Conchita Lara Chávez, Gracia López, Antonio Uribe Madrigal, Romana Farfán, Jesús Aguirre, la maestra Leonor Uribe madrigal y el Maestro Toño de educación física, que su cuerpo demostraba todo lo contrario, pues era chaparrito y su abdomen muy grandecito. Él más tarde, se casaría con la Mtra. Conchita Lara.

A este grupo de entusiastas trabajadores de la educación se integró un joven que, por sus destacadas habilidades y amplios conocimientos docentes, dedicaremos tiempo para conocer más. Comenzaremos diciendo que este hombre fue real, y lo que, ahora, se cuenta de él...es solo invención de los que aún estamos en la escuela

Su nombre Francisco Huante Chávez.

Por lo que iniciaré comentando que en los años de 1900, el entonces Presidente de la Republica Porfirio Díaz, le regaló a su cuñado, un español de apellido Noriega, una vasta extensión de tierras en la Ciénega de Zacapu. La cual, el señor Noriega hizo producir bastante. Convirtiéndose en un rico hacendado, fundó ahí las haciendas de Cantabria y Tarejero. Con el apoyo de Díaz, hizo que por ahí trazaran una línea de ferrocarril para sacar sus cosechas. Fue un periodo de esplendor para esta región del occidente michoacano; pero por las revueltas revolucionarias Él y sus descendientes tuvieron que defender sus tierras de los revolucionarios que en 1910 se las querían quitar. Francisco Noriega, el hijo mayor de esta familia, tuvo un enfrentamiento con el revolucionario Primo Tapia disputándose las tierras. En este encuentro armado, fueron vencidos los Noriega y despojados de sus propiedades por los revolucionario Michoacanos, dejándoles solo unas cuantas hectáreas para su mantenimiento.

En esta lucha Francisco perdió tres dedos de su mano derecha, por lo que decidió poner un guante para evitar la burla. La gente al verlo y en tono grosero, le empezó a llamar guante.

Este personaje, tuvo hijos aquí y allá, pero para evitar darles herencia con el apellido Noriega, decidió ponerles Huante, por el mote que portaba. Paso los últimos días de su vida en esa región zacapense, olvidado de sus hijos y maldiciendo al gobierno.



Como descendiente en segundo grado, encontramos al Joven Francisco Huante Chávez, del cual se conoce que sus orígenes son de raíces españolas, pero de hogar muy humilde. Su niñez la vivió en la populosa ciudad de Zacapu.

Con esfuerzos de sus padres, salió a estudiar una carrera a la capital del Estado, eligiendo la noble profesión de Profesor de Educación Primaria. No se sabe con exactitud si sus estudios los realizó en el CAM (centro de capacitación del Magisterio) o en alguna Institución Rural o Urbana de las existentes en la ciudad de Morelia. Durante su estadía en la capital, conoció a una dama de piel blanca, ojos grandes y negros, cabello rizado y de cuerpo delgado de la cual se hizo novio, Su nombre Isabel. Esta bella mujer le insistía que se casaran, pero como él era estudiante no acepto hacerlo por lo que ella lo dejó. Pasaron algunos años, ella se casó, tuvo varios hijos y por ello su cuerpo trasformó. Por lo que el maestro al verla, se le escuchó decir un día, que a la vida agradecía no haberse casado con ella, pues lo que antes bello fue...ya nada quedaba de ella.

Al terminar sus estudios Docentes. Su trabajo inicial, fue en las comunidades rurales de la tierra caliente michoacana (Aquila y Coalcomán) según se sabe, logró un cambio de adscripción al Municipio de Turicato. Finalmente, en el año de 1948 llegó a la Zona Escolar 045. Siendo recibido por el Profesor Gilberto Ceja Torres Supervisor de Zona, dándole adscripción a la Escuela Primaria Estatal Simón Bolívar a cargo del Profr. J. Jesús Aguirre Torres, Director de la institución. Incorporado a la plantilla de personal, el Maestro Huante Chávez, ayudó en la gestión para la construcción del edificio que actualmente conocemos. Al jubilarse el Profr. J. Jesús Aguirre Torres, continúa con la responsabilidad del cargo la Profra. Leonor Uribe Madrigal. Famoso fue aquel Maestro, por lo que se sabe y lo que se dice de él, se cuenta que era un hombre alto, delgado, piel blanca, cabello rizado, de rasgos faciales agradables; su vestimenta era de traje riguroso, y su hablar era de lo más correcto. Al dirigirse a sus alumnos siempre fue de lo mejor, excepto cuando se portaban mal, o tal vez, porque no acataban alguna indicación suya, de sus manos brotaba (como por arte de magia) una vara de membrillo, que al simple movimiento rasgaba el aire, para terminar impactando la manos y las pompas de aquellos desafortunados, que lo habían hecho molestar.



Se cuenta que aquel Hombre era muy hábil en las artes plásticas, realizó varias pinturas, una de ellas, permaneció en la dirección de la Escuela hasta el año de 1990, siendo ésta, una enorme pintura del héroe venezolano Simón Bolívar plasmado en papel de estraza.



Su cualidad para tocar el piano era única, sus acordes melódicos invadían todas las tardes aquellos pasillos de la escuela, lo que más le gustaba tocar era los vals, destacando el del compositor Guanajuatense Juventino Rosas Cadenas “sobre las olas”.

En sus ratos libres, en el tercer patio, estaba un pequeño predio que utilizaba para realizar prácticas de agricultura, ahí, junto con sus alumnos, sembraban hortalizas y verduras; que cuando ya maduraban las regalaba a los muchachos.

En la hora del recreo, se entusiasmaba platicando con el Mtro Toñito, encargado del área de deportes, que se dice eran muy amigos y enamorados. Prendían el viejo tocadiscos de la escuela, escuchaban y cantaban la música del momento, se llegó a especular que les dedicaban canciones a las maestras, que por cierto, no los veían con malos ojos. Una tarde del mes de noviembre, ya con 10 años de estar en la institución laborando, el joven Huante , vio llegar a la escuela una nueva maestra, que con el simple hecho de verla se enamoró perdidamente, fue amor a primera vista. La joven Rosa María, que era como se llamaba, era amable, educada y muy bella, la atención que brindaba era de una persona fina.

Pasados casi seis meses de observarla y cruzar algunas palabras con la Mtra Rosita, un día la encontró en el pasillo y sin mediar palabra alguna la tomó del brazo y le explicó, que desde que llegó al centro escolar él se había enamorado de ella, la maestra, empujando al hombre con ambas manos, no aceptó la propuesta que le hacía aquel maestro, con voz firme y fuerte le dijo:

- Es usted muy amable en fijarse en mí, más con respeto, le digo que sus pretensiones no pueden ser correspondidas, me encuentro casada, tengo una hija, y un marido, que, aunque somos muy jóvenes nos queremos mucho y le pido no vuelva molestarme, su propuesta ofende a mi persona.

El Maestro Huante avergonzado por lo sucedido, dio media vuelta camino despacito casi sin ver por donde lo hacía. Su mente era un enredijo de ideas y su rostro mostraba vergüenza, cuando llegó a su salón de clase sudaba Copiosamente, jadeaba y lloraba.

Su corazón explotaba de sentimientos confusos, no sabía qué hacer. Descubrió su piano, quitándole aquel trapo antiquísimo que le cubría. Aquel piano que lo había acompañado durante muchos años considerándolo su amigo, su confidente de años; al tocar aquella melodía, cada nota era un lamento de dolor.

Todo a su alrededor era gris, tocó durante horas, sus dedos lastimados dejaban manchas de sangre en aquellas blancas teclas, pero él seguía tocando; no le importaba el dolor físico, seguía imprimiendo en su música el grito de la incredulidad, el de un amor mal correspondido. Reflejaba en sus notas la imagen de un hombre con el corazón destrozado. Y todo este dolor causado, simplemente, por la imprudencia de confesarle su amor a la mujer equivocada.

Pasaron los días sus alumnos lo miraban perdido en su mundo, sus clase ya no eran aquellas donde la ciencia y la gracia fluían en cascada, él, se convirtió en un persona triste, ausente... callada, no volvió a mirar a los ojos a aquella mujer que le había llenado su corazón de enojo.

En sus clases ahora se sentía la ingratitud, se hizo más gritón, su varita ahora era más activa, sin decir o hacer nada, a todos aquellos niños laceraba. Todos le huían, nadie quería estar en su clase, los maestros le sacaban vuelta y hasta su amigo de cantada lo ignoraba. ¡Y cómo no! su imagen, antes limpia y elegante, ahora, era una maraña de pelos, sucio, barbado. El aroma de su ropa había cambiado de las fragancias caras a olor de caño, sí, a suciedad olía.

Los días y los años se fueron acumulando en aquel desvalido maestro, por su actuar e imagen la directora decidió quitarlo del grupo. Solo y su alma, se escondía en aquel rincón donde estaba su piano, pasaba largos días, triste, abandonado. Su rostro se fue secando, su mirada perdió el brillo de la juventud.

La última vez que tuvo grupo a su cargo fue un martirio para los alumnos. No se podía reír, no había permiso para emocionarse, mucho menos para salir al baño. Ya nadie le hablaba, se alejó de la gente de manera voluntaria. Se pasaba el tiempo en aquel espacio, que se había adecuado como salón de música, pues en sus inicios fue unidad de baños. Había en este lugar una humedad constantemente y aromas no gratos al olfato. El cuerpo con vejez prematura de aquel noble docente, resintió la frescura del mes de diciembre y la misma que su salón tenía, primero fue un ligero brote de gripe, que más tarde se convertiría en pulmonía.

A mediados de noviembre y principios de diciembre de cada año se colocan oferentes de puestos de caña y cacahuates, entre otras cosas, frente a nuestra hermosa escuela, en el espacio del jardín azteca y la hermosa plaza de don José María Morelos, por estos días, pierden su color verde y se tornan multicolor, por la colocación de lonas de cientos de vendedores.

El Maestro Francisco Huante agripado como andaba, ya mostraba signos de tos. Camino por los pasillos y por la puerta de madera pasó. Siguió su andar fuera de la escuela y en el primer puesto de cañas se estacionó, pidió la bolsa grande, la mejor, tomo asiento en una banca y a masticar caña de azúcar con chamoy se dedicó.

Un rato después de aquel masticado, un trozo pequeño de basura de caña se atoró en su garganta, empezó a toser de manera brusca como si le faltara el aire. Algunos curiosos que por ahí pasaban, no hicieron caso de ayudarlo, él, con sus ojos pedía ayuda, más nadie, por su aspecto quería hacerlo.

Lo veían como un fantasma, lo observaban como algo que no existe. Fue tanto su esfuerzo al toser, que algo dentro de su pecho tronó, como si se rompiera una bolsa. Por la boca arrojaba sangre, totopos y desde luego cañas.

Fue cayendo lentamente al piso, con las manos presionaba su pecho, ¿Que sentía aquel maestro? nadie lo sabía. La gente que en ese momento estaba en aquel jardín azteca, vieron cómo se retorció entre restos de basura, aquel hombre estaba herido.

No dejaba de masajear su pecho y su voz en lamentos se convirtió, en su boca apareció una espuma pegajosa. Todos los que ahí estaban boquiabiertos observaban, más nadie ayudaba. Con morbo la gente empezó a rodearlo, no faltó quien gritara pidiendo ayuda, otro más, llamo a las urgencias.

El maestro Huante agonizaba. Fueron largos minutos que paso tirado ahí, bajo la mirada de cientos de personas preocupadas. Llego la ambulancia, aquello fue un correr de médicos, lo subieron a la unidad médica y solo, el ulular de su bocina nos indicaba la ruta a seguir, el hospital... no había otra.

Pasadas casi tres semanas de atención hospitalaria Francisco Huante fue dado de alta, para él, no hubo un ramo de rosas en la sala de espera, mucho menos un familiar o amigo quien lo esperara. Sólo, completamente solo, salió de aquel hospital del ISSSTE.

Ya un poco repuesto de aquel susto, volvió a su escuela querida, los niños incrédulos lo veían, un fantasma viene, decían. Con miedo le cuestionaban como seguía su salud.

Los maestros le dieron bienvenida, pero él con una tosca mueca agradeció.



Llegó a su espacio de trabajo, sus manos temblaban, trémulo tomó pinceles y algunos frascos de color, puso un viejo lienzo sobre el caballete y sin bata de trabajo a pintar se dedicó.

De sus manos, ahora torpes, en aquel material polvoso poco a poco una imagen fue apareciendo, era una mujer cubierta con un manto gris oscuro, su rostro era cadavérico y entre sus pequeñas manos aparecía un puñal.

Era la muerte sin más que investigar. El dibujaba su suerte, presentía ya su presencia. Quizá pintaba su despedida de esta vida que ahora lo trataba mal.

De aquella sala se retiró el maestro con su ropa muy manchada, tocó un poco su piano y una que otra canción entonaba, con voz triste lo anunciaba su agonía ya presagiaba.

Ya no maldecía, tal vez con la muerte ya soñaba. Salió de su salón de años y caminó por los pasillos, observaba cada cosa como guardando sus recuerdos, saludo algunos niños y al llegar a la Dirección, ahí estaba Rosa María, la maestra que lo rechazó. Ella lo vio con lástima, pues era un hueso el docente; quiso evadir la presencia sacarle vuelta intentó, más otro maestro en ese momento entraba, ya no pudo esquivarle y de frente ahí estaban. La directora Leonor enterada del suceso, con palabras diversas, buscaba la distracción momentánea para evitar el encuentro.

El con voz quedita les dijo: -Queridos compañeros, amiga maestra. Los que ahí estaban lo escucharon con atención. Despacito, muy pausado, les comento: - He pasado algunos años contento y muy feliz, la educación es mi vida y la música lo es más.

Pero desde que ella (Rosita) llegó, mi vida se transformó olvidé lo principal, me olvidé de vivir, se me olvidó que la naturaleza es bella y en esta piltrafa me convertí.

Ahora, una enfermedad me aqueja y por ello debo decir adiós, agradezco a todos su humildad, su afecto y sobre todo su amistad. -Sé que me estoy muriendo y pronto me ausentaré de aquí...de ustedes. De mi trabajo que tanto quiero me ire y de esta mi gran casa Simón Bolívar me tengo que ir. En ustedes encontré una familia y sepan que los quiero, pero hoy me tengo que despedir; Gracias por todo a todos.

Cuando esto decía de sus ojos una lágrima desprendía, no sé si de dolor o pena, pero de sus amigos se despedía.

Sin esperar palabra alguna dio media vuelta y se fue. Camino con lentitud ahí por la fuente se vio tambalear, como pudo, se recargo en aquel frondoso árbol de olivo que a su Escuela distinguía. Casi arrastrando los pies al patio cívico llegó, su cuerpo lentamente giro, observó el edificio y de pronto... cayó. Su cara expuesta al sol y su mirar ya no brillo. Sus brazos trazaba líneas como si a la vida se aferrara, ahí, tendido en el patio, bajo aquella fresca tarde del mes de diciembre, aquel cuerpo inerte quedó.

Los maestros y alumnos en su auxilio corrían, nada se pudo hacer aquel maestro... ya moría.

Hubo una vez más, el correr de médicos y maestros, que ya nada pudieron hacer. La carrera del maestro Huante aquí termina. Murió el maestro, el querido Profesor se fue para nunca más volver. Físicamente, su cuerpo desapareció. Dejo su historia en cada muro de la escuela, de él se habla cada vez más. Cientos de niños hablan de Huante sin saber quién fue, lo han hecho grande porque grande siempre fue.

Cada generación de alumnos lo menciona, sin saber decir que hizo ese hombre, lo que si podemos probar es que su historia y espíritu a un vive entre nosotros.

Hoy a más 50 años de su ausencia, se hace presente en la escuela, aun suena su piano y su sombra se pasea en las aulas, en los pasillos se le ha visto peregrinar. Su espíritu vaga por estas instalaciones, cada tarde o noche se hace presente ante quien este, se manifiesta en el sonido del viento y en el golpeteo de las ventanas. En ocasiones se hace presente en el bullicio de los niños, en el recorrer esas viejas butacas y hasta en sombras visibles por algunos adultos de la escuela. El Maestro Cesar Vargas Silva y los docentes del CEBA dan fe de lo expuesto.

Sin más que ahondar en la vida de tan distinguido maestro, reciban ustedes la presente lectura con el único fin de pasar un rato ameno, compartido con toda la familia.

En este 68 aniversario de nuestra querida escuela, un regalo para ustedes.

Profr. Ángel González García

Director de la Escuela

Morelia, Michoacán 22 de febrero de 2018

NOTAS ACLARATORIAS:

La intención del presente trabajo es dar a conocer a nuestros alumnos algunos datos reales y/o imaginarios para que sepan quien fue el Maestro Francisco Huante Chávez.

Su nombre, orígenes y su trato a los alumnos son verídicos, así también los nombres de Docentes, supervisor y directores, no así, todo lo demás.

El presente documento es producto de la creatividad e imaginación del autor

Agradecimiento infinito a las ideas colectivas aportadas por el alumnado y ex alumnos de la escuela.



**Edificio actual
Escuela Primaria Urbana Estatal
“Simón Bolívar”
Fray Antonio de Lisboa S/N col. Centro
Morelia, Michoacán, México.**
